

Yo siempre quise hacer surf

YO SIEMPRE QUISE HACER SURF

FRAN RUIZ



pacoelmago.me

Yo siempre quise hacer surf
©Francisco Ruiz Serón

Primera edición: marzo 2022
Segunda edición: septiembre 2022
Tercera edición: febrero 2023

ISBN: 978-84-09-48694-6
Printed in Spain – Impreso en España

Ilustración portada: Gabriel “Sopa” Boryc
Corrección: Paula Carrillo, Brais Álvarez y Francisco Ruiz
Maquetación: Francisco Ruiz Serón

Prueba de identificación en Safe Creative: 2302153512217-3UMP9M

*A mi gato Pluto, que no deja de pisarme el teclado
mientras escribo en la pantalla.*

“Todo lo que ocurre, ocurre. Todo lo que, al ocurrir, origina otra cosa, hace que ocurra algo más. Todo lo que, al ocurrir, vuelve a originarse, ocurre de nuevo. Aunque todo ello no ocurre necesariamente en orden cronológico”.

Douglas Adams

LIBRO UNO

UN TERREMOTO ABSURDO

PRÓLOGO

El Universo se rige por leyes "inalterables" que mantienen el orden natural de las cosas. Todo tiene una lógica que permite entender que la misma causa repetida dos veces en el mismo contexto siempre tendrá la misma consecuencia. Así podemos predecir sucesos, descifrar el pasado y guiarnos en el presente. Si sumas dos más dos, te dará cuatro en todos los casos. Cuando tienes hambre, lo lógico es comer algo. Mientras siempre sea así, la vida puede ser medianamente tranquila.

¿Y si no fuese así?

¿Qué ocurriría si lo lógico dejase de serlo? Una nueva lógica tomaría su lugar. Eso podría ser peligroso, porque las cosas son como son por algo. Tú no te das un baño de agua fría cada vez que te pica el culo, disimuladamente te rascas un poco, compruebas que nadie te ha visto y te recolocas la ropa interior. Nada más natural que rascarse el culo. Ahora imagina que cada vez que notas ese picor, ya no digo que te des un baño, si no que te des un cabezazo contra la pared, porque según la nueva lógica que rige el mundo, eso es lo que hay que hacer.

No te creas más listo por ser la única persona capaz de entenderte, como si tú estuvieses por encima de eso y nunca te darías un cabezazo contra la pared. Luego cuando quieras darte cuenta tienes un poco de pintura pegada en el pelo. Hay miles de millones ahí fuera que piensan lo mismo. Ni tú ni ellos podéis escapar de la lógica que gobierne. Porque sois seres lógicos, una consecuencia lógica del momento. Sois, somos, todos la misma mierda que no sería capaz de diferenciar una causa y una consecuencia si te las ponen muy juntas. En realidad, a lo mejor sí que podrías escapar, pero eso es adelantar acontecimientos. Digamos que a lo mejor yo nunca me he

rascado el culo y que a lo mejor nadie puede escapar de la lógica. Si todo se volviese absurdo, amigo, todos nos convertiríamos en seres absurdos. Pero en ese momento lo absurdo pasaría a ser lo lógico, por lo que lo nuevo absurdo sería lo antiguo lógico. O algo así, esperad que lo digo más despacio.

El mundo es un lugar lógico. Hasta ahí bien. Consideramos absurdo algo que se sale de la lógica, que no tiene cabida en nuestras leyes de causa-consecuencia. No es que sea exagerado, o insuficiente, es que no tiene sentido. Pero si los intercambiásemos, lo absurdo por lo lógico, coincidiremos en que sería un caos. Un caos inexistente para nosotros, porque es muy fácil darse cuenta del caos cuando lo ves desde fuera, pero es que nosotros estaríamos totalmente dentro. Cuando el viento sopla su nueva canción, a todo el que toca la aprende y canta con él. Arriba es abajo, delante es detrás, derecha es izquierda, cinco más cinco son once y dos más dos son cuatro. Hay cosas que no cambian, otras que sí. Nunca se sabe del todo.

Lo absurdo mancha, pringa y se te queda pegado en la ropa. Por mucho que te laves, siempre queda algo. Se te cae un bote de tomate al suelo, lo limpias a conciencia y un mes después te encuentras con un churrete rojo en el calcetín. ¿La solución? Destruir el edificio entero sin querer mientras corres a poner una lavadora.

L.F

CAPÍTULO 1

Empezando desde arriba, en orden descendente, viste un gorro de lana negro con el dibujo de un alienígena en la parte de delante. Sudadera partida por la mitad por una cremallera, azul oscuro, la sudadera, no la cremallera. Cuando va a hablar con el cliente, usa vaqueros. Cuando entra en acción, pantalón de chándal negro con bolsillos grandes. Zapatillas grises desgastadas por el uso. A veces, lleva una mochila de instituto para transportar material.

Dicen que solamente se ha cambiado de chándal una vez: cuando se le rompió el pantalón escalando un asteroide en el que estaba el nido de un águila espacial. Solo ahí se permitió el lujo de ir a una tienda de deportes y comprarse uno nuevo. También dicen que tardó diez días en decidir cuál sería su nuevo uniforme, tiempo en el que no salió del establecimiento.

En el bolsillo interior de su abrigo, cosido a mano a propósito para este uso, descansa una pila de tarjetas de visita. Todas son del mismo tono blanco hueso, todas miden tres pulgadas y media por dos pulgadas y en todas descansa el logo: "*Cuchu Rumín, Detective por Diversión*", con su información personal debajo. En ocasiones, cuando está falto de trabajo, deja caer alguna por la calle con la esperanza de que alguien la recoja después. Esa esperanza tiene una esperanza propia de que esa persona lo haga con la mano y no con un cepillo y un recogedor.

Cuchu no es el típico detective que te imaginas. Tampoco es el atípico detective que no te imaginas. Está a medio camino entre un niño jugando a interpretar un papel y un policía expulsado del cuerpo que sigue actuando como si lo fuese. No pienses que es un policía, ni de lejos lo es. Su motivación no es encerrar criminales,

cuando resuelve un caso ni siquiera se preocupa por hacer justicia. Él solo recibe la información, encaja las piezas, añade su nuevo puzzle a su colección vital de puzzles completos y vuelta a empezar. Se divierte y gana dinero.

A los dieciocho años ya resolvía misterios por su ciudad. Pegaba carteles por las farolas para que lo contratasen. Hacía pequeños encargos y se pagaba un piso en el centro. Un día entró sin querer en un laboratorio y se topó con unos científicos enfadados. Habían malgastado todo su dinero en un invento que no funcionaba. Cuchu le echó un vistazo. Lo único que se le ocurrió ante tremendo armatoste, fue soplar por una rendija. Justo antes de que lo echaran a patadas, empezó a funcionar. Así es como empezó a conocer gente cada vez más importante y a recibir trabajos más relevantes. Ahora, con sus veinticinco años de existencia, se dedica plenamente a esto.

Justo acababa de terminar su último caso. Un planeta giraba más rápido de lo normal alrededor de una estrella. Todos los científicos de Lulft habían intentado resolver el misterio aplicando el método científico; planteando hipótesis y usando fórmulas, leyes y teorías. Así es como habían trabajado siempre. No había más formas, según ellos. Cuchu fue directamente a preguntar al planeta que por qué corría tanto. Resulta que había empezado una rutina de entrenamiento para perder peso; tenía que hacer ejercicios cardiogravitacionales durante medio millón de años. Gracias a ese descubrimiento, se abrió una nueva rama en la ciencia: Hábitos Planetarios Saludables. Salió en todos los medios de comunicación. Como es costumbre, fueron a entrevistar al detective cuando volvía a casa. La entrevista solo duró dos preguntas.

—¿Cómo te sientes al haber hablado con una roca gigante?

—Bien.

—¿Es verdad que estás saliendo con una piedra de uno coma sesenta metros de alto?

—Estoy entrando a mi casa.

A él no le importaba que lo desvalorizaran con entrevistas irónicas. Es un detective por diversión, eso es lo más importante para él, divertirse. Algún día lo reconocerán como se merece y aprenderán a divertirse también. La gente se toma demasiado en serio las cosas porque nadie les ha enseñado a divertirse. Hay muchas formas de divertirse.

En el planeta Lulft la comunidad científica al principio rechazaba a Cuchu por usar métodos poco convencionales. Debido a sus notables éxitos, poco a poco lo fueron introduciendo como comodín para usar cuando nada funciona. Se añadió un séptimo paso al método científico en el que se especifica que, como post-último recurso (lo que va después del último recurso) se le llame a él. Solo para ver qué pasa. Todo lo que se descubra utilizando este paso, al ser publicado debe llevar siempre una C mayúscula al final del título del artículo. Para que te lo puedas creer, pero no mucho.

Cada vez son más los artículos firmados con dicha C. Algunos empiezan a pensar que no son hechos provocados por el azar del cosmos. Se especula sobre un origen común a todas las irregularidades vistas en los últimos años. Estas especulaciones al principio también llevaban una C al final, pero están empezando a verse artículos serios escritos por personalidades serias.

Para entenderlo mejor, Cuchu no solo trabaja a nivel intraplanetario. Ya ha alcanzado la categoría de interplanetario y está sacándose un cursillo a distancia de Física Cuántica para poder ascender a la categoría intergaláctica. Odia tener que justificar su eficacia adquiriendo conocimientos que no necesita para nada,

cuando a nivel curricular podría estar trabajando en todo el Universo entero.

Su licencia es válida en cuatrocientas mil millones de estrellas a la redonda (la galaxia entera y alguna estrella suelta de alrededor), una cantidad ridícula. Al menos con ella tiene acceso ilimitado a cualquier transporte público y comidas gratis, lo que viene bastante bien cuando viajas a planetas con un alto nivel de vida. Ya se sabe que este Universo está muy caro, pero es el único que hay. O eso dicen.

A unos trescientos metros bajo el nivel del mar, en un lugar remoto de algún desierto deshabitado al que solo se puede llegar en helicóptero sabiendo previamente sus coordenadas, es donde uno se podría imaginar que estaría el DONI (Detector de Ondas No Identificadas). Pero en realidad estaba en el cuarto piso de un edificio de oficinas, localizado en el centro de Punto, una ciudad bastante importante de Lulft.

Se le conocía como Punto porque toda la ciudad era de color negro. El suelo, los edificios, las farolas, las señales de tráfico, los árboles, los perros, las correas de los perros... Todo estaba hecho de ese color. Cuando mirabas hacia ella desde un lugar muy alto, por ejemplo; desde fuera del planeta, veías un punto negro gigante en medio de todo lo demás. Es muy sencillo para la gente que se cree graciosa hacer chistes como: "*bueno, llegados a este Punto...*", "*estamos en algún Punto del Universo, no sabría decir cuál*", "*este planeta ya tiene un Punto, así que Lulft i - o El resto de planetas*".

Se podría imaginar también que el DONI requería una maquinaria compleja, que abarcase todo el piso, con dispositivos llenos de botones y cables de colores saliendo de todos lados hacia todas

direcciones que solo personal altamente cualificado pudiese manejar. En realidad, su detector de ondas era un aparato negro, del tamaño de un *router*. No tenía ningún botón, porque se manejaba desde un ordenador. Se cargaba por luz solar, no había ningún cable en la sala.

Estaba en una estantería de pared en el salón, desde donde solían trabajar o hacer que trabajaban sus dueños. El piso estaba pensado para uso familiar, por lo que también estaba equipado con una cocina, dos dormitorios, dos baños y una salita que nadie usaba. No se molestaron en decorar nada, utilizaban los muebles que estaban cuando llegaron, mantenían los colores apagados de las paredes y no se fijaron en la grieta que había en el techo. Lo que sí hicieron fue dejar en los dos sofás enfrentados que había en el salón la forma de su culo bien definida.

Dos tipos no muy trabajadores fueron asignados a este departamento por dicha razón. Su trabajo consistía en asegurarse cada dos horas de que el DONI seguía funcionando, estar atentos a cualquier aviso de detección y mantener el lugar limpio. El resto del tiempo lo empleaban en jugar a videojuegos, mirar por la ventana, dormir si la noche anterior fue difícil o cualquier otra cosa que no tenga que ver con la ciencia.

El primero, por poner un orden, era Juan Estrecho. Graduado en Física No Muy Avanzada de nivel 7 (de un total de 103 niveles). Juan se cansó pronto de memorizar fórmulas, comprender teorías y aplicar leyes. Estuvo a punto de aceptar una oferta como probador de atmósferas, pero aquí le pagaban más por hacer menos. Y además al lado de casa.

El segundo, siguiendo el orden que hemos puesto, era Bentos Eca. Graduado en Física No Muy Avanzada de nivel 9, igual de triste que el anterior. Bentos intentó seguir estudiando hasta alcanzar un nivel

considerable, alrededor de unos 60 o 70, pero se dio cuenta de que se enfrentaba a un obstáculo bastante difícil de superar: él mismo. El esfuerzo más grande que hizo en su vida fue conseguir este trabajo, para no volver a esforzarse nunca más.

Debido a sus personalidades, edad (unos treinta años) y tendencias similares, se hicieron amigos el primer día. Ninguno estaba por la labor de hacer cambios en el departamento ni de intentar mejorarlo. Así está bien como está, decían. Nadie les molestaba, ninguna onda no identificada anteriormente era detectada nunca, y ellos no tenían que hacer nada. Era la vida perfecta para el que quiere existir tranquilo.

La comunidad científica lo mantenía por dos simples razones: no salía caro y era importante. Se habían catalogado todos los tipos de onda que pudiesen existir, pero nunca se sabe si en realidad puede haber más. El DONI tenía almacenadas todas las características de las ondas que se conocían y estaba programado para avisar si detecta algo que no esté en su base de datos. De momento lo único que hacía era coger polvo.

Aquel día la luz del sol —esto una cosa curiosa en el Universo. Igual que en todos los idiomas la palabra "eh" para expresar una duda se dice igual, en todos los planetas a la estrella que les da luz se le llama "Sol". Aunque nadie sabe por qué ocurre esto, a nosotros nos facilita mucho entender esta historia— impactaba directamente sobre la ciudad de Punto. La temperatura en aquella zona del planeta no era muy elevada, pero debido al color de la ciudad era como si siempre fuese verano. Los más optimistas decían que eso que se ahorraban en calefacción.

Juan y Bentos jugaban a ver quién aguantaba más mirando directamente hacia la estrella.

—¡Quince segundos! Si superas eso, te invito a una esta noche —dijo Juan, quien acababa de marcar un récord.

—Déjame probar... —contestó Bentos, aspirante a romperlo.

Cerró los ojos unos segundos para prepararlos a ser expuestos a una luz tan fuerte. Alzó la cabeza y los abrió de golpe. Aguantó con fuerza mientras le ardían las pupilas. *¡Nueve!*", *¡Diez!*", *¡Once!*", iba contando Juan. Al número trece no pudo aguantar más y apartó la vista de la brillante estrella.

—Sabía que no serías capaz. ¡Me debes una esta noche!

—Yo no he apostado nada —se quejó Bentos, frotándose los ojos.

Juan se rio.

—Bueno, ya iremos viendo. ¿En qué podemos perder el tiempo ahora?

—Mmmm... Podemos ver quién de los dos aguanta más tumbado en el suelo.

—¿En serio solo se te ocurre eso?

Bentos contestó encogiéndose de hombros.

—Menos mal, estaba cansado de tanto esfuerzo. —Juan ya estaba terminando de tumbarse—. Preparados... Listos... ¡Ya!

Pegaron la espalda al suelo tan fuerte que parecía que se iban a quedar allí para siempre, como si fuesen dos muebles más. Al principio estuvieron en silencio, concentrados en no levantar ni un músculo. Cuando le cogieron el truco, se permitieron el lujo de hablar un rato de sus cosas. Pasaron un par de horas tensas en las que cualquiera de los dos podría haberse levantado, pero ninguno lo hizo. Se lo estaban tomando en serio. Uno de ellos se las apañó para mear en una botella sin levantarse. No diremos cuál de los dos para no manchar demasiado su imagen.

El detector de ondas empezó a vibrar. Por primera vez en su historia. Aunque aquellos dos vagos casi científicos se pasaran el día

haciendo cosas como estas, no dudaron ni un momento en dejar la competición de lado e ir cada uno a su ordenador a ver qué ocurría. Tenían sus dos ordenadores portátiles en la mesa grande del salón, el uno al lado del otro. En el fondo los dos siempre habían tenido la esperanza de que algún día detectarían algo. Que no quisiesen trabajar no significa que no quisiesen ser reconocidos por los demás.

En sus pantallas aparecieron datos correctos, pero mal colocados. No cuadran del todo. Por más que intentaban entenderlo, no podían. El programa informático no detectaba ningún error, pero era un hecho que los había. Solo que no sabían decir cuáles o justificar por qué. Aquello era algo insólito e incomprensible.

Probaron a reiniciar los ordenadores, por si se habían desconfigurado del poco uso que les daban. Comprobaron que el programa estaba bien instalado. Limpian las pantallas por si acaso era suciedad acumulada que los confundía. Se lavaron sus propios ojos por si eran ellos mismos los culpables de aquel disparate. Finalmente se rindieron a aceptar los datos que tenían, aunque no los entendiesen.

—Esto no tiene ningún sentido —dijo uno de los dos.

—Es totalmente absurdo —añadió el otro.

No eran los físicos más listos del Universo, pero tampoco eran profanos en el tema. Ellos también se sabían todas las ondas conocidas, su funcionamiento, sus características, su personalidad, sus gustos, sus hábitats... Todo lo que se pueda saber sobre una onda. Claro que, sabían hasta ahí. Pero ni el científico con más conocimientos sobre todo el Universo hubiese podido entenderlo. No era su falta de sabiduría lo que les limitaba en aquel contexto, era su sentido común.

Según analizaban la onda detectada, más cuenta se daban de que necesitarían algo más que ciencia para entenderla. Algo que escapa

de toda lógica posible no se puede tratar con más lógica, sería como apagar un fuego echándole gasolina. De momento empezaron a agotar todos sus recursos, hasta el último de ellos. Así podrían usar el post-último recurso que se utiliza cuando no queda nada más que hacer.

Durante un viaje largo, sueles acabar echando de menos cosas como tu hogar, cagar en tu propio váter o dormir en tu cama. La gente acostumbrada a pasar mucho tiempo seguido fuera de casa desarrolla sus propios rituales para cada vez que regresa. Cuchu tenía el suyo propio: darse un baño de agua caliente. No he dicho que fuese algo original. Sentía que después de haber paseado sus átomos por media galaxia, lo menos era compensarles con un poco de tranquilidad higiénica. Podía llegar a estar metido en la bañera más de tres horas. Una vez se durmió y se despertó porque el agua se había quedado fría.

Como se puede deducir por sus métodos de trabajo, no es una persona muy ordenada. Pero al contrario de lo que se podría deducir de dicha afirmación, sí que es muy responsable. Por eso cuando se daba su baño de bienvenida, desconectaba el teléfono para poder disfrutar al completo de su ritual. Sin embargo, mantenía un segundo teléfono solo en el baño, conocida su existencia solo por tres o cuatro personas en el mundo, por si le necesitaban en alguna emergencia. Nunca había sonado dicho teléfono, hasta aquel día. Al terminar su responsabilidad de mantener una vía de comunicación activa en dicho momento de tranquilidad absoluta, empezaba su incapacidad de mantener un orden.

Estaba repasando los mejores momentos de su viaje mentalmente cuando sonó una melodía predeterminada que nunca había

escuchado. Se extrañó al principio, hasta que recordó el motivo. Entonces maldijo en voz alta. Echó un vistazo a su alrededor a ver si estaba el móvil a la vista, pero no se acordaba de dónde lo dejó la primera vez que lo dejó donde lo dejará siempre a partir de entonces. Mojado, se levantó con cuidado de no resbalarse y empezó a empapar todos los muebles mientras buscaba el origen del sonido.

Silencio. Debía haberse acabado el tiempo de espera. Maldijo otra vez, más alto. Se incorporó, se quedó de pie, desnudo, mirándose en el espejo mientras esperaba a que le llamaran otra vez y poder reanudar su búsqueda. *"Vaya un imbécil me mira desde el espejo"*, pensó. Pasó un minuto, sin rastros sonoros de ninguna nueva llamada. Se encogió de hombros y procedió a continuar en remojo.

Terminó de sumergirse, sonó de nuevo la canción. Maldijo tan alto que se le oyó a tres planetas de distancia. Se levantó sin cuidado de nada, abrió cajones con fuerza, removió sus pertenencias de forma brusca hasta que encontró aquel rectángulo negro que como un bebé robótico no paraba de vibrar, sonar y lucir.

—Sí? —respondió en voz muy alta.

—Señor Cuchu, siento molestarle —dijo una voz totalmente calmada, grave pero agradable.

—¿Usted cree que es momento de llamar a nadie?

—Son las seis de la tarde de un martes, señor —volvió a contestar sin alterarse un mínimo.

Se dio cuenta de que estaba hablando en voz muy alta, tal vez hasta estaba siendo maleducado con un hombre que solamente quería terminar su jornada laboral e irse a su casa a hacer precisamente lo que estaba haciendo él: relajarse. Se sintió mal por un momento. Solo por uno, porque, por otra parte, le habían jodido su ritual higiénico.

—Por eso, es el momento perfecto. ¿Qué ocurre? —Su tono de voz se igualó al de su interlocutor.

—Le llamo desde el Departamento de Ondas, en concreto desde el Detector de Ondas No Identificadas.

—¿Del DONI? Si ese aparato no ha detectado nada en cientos de años. Ya conocemos todos los tipos de ondas que existen. ¿Se aburren por allí? —preguntó con ironía, pero sin maldad.

—Desde hace tres horas, no, señor. Hemos interceptado una onda que no se corresponde con ningún parámetro que conozcamos. De hecho, no sabemos ni cómo hemos podido detectarla —hizo una pequeña pausa—. Pensamos que es una Onda Absurda.

—Hablad con los científicos de verdad, sabrán cómo encargarse del tema.

—Creemos que no pueden hacer nada, señor. ¿Tiene usted a mano una calculadora?

Estuvo a punto de maldecir de nuevo, pero se contuvo a tiempo. Se puso una toalla alrededor de su ya casi seco cuerpo y fue a por su teléfono normal.

—Sí, tengo una ahora en mi mano derecha —dijo mientras abría la aplicación.

—Estupendo. Pruebe a hacer una multiplicación sencilla.

Tecleó siete por dos; la calculadora mostró como resultado catorce.

—He multiplicado siete por dos y me ha dado catorce. ¿Qué esperaba que ocurriese?

—Eso mismo. Ahora haga una suma.

Se preguntaba por qué le habrían sacado de la bañera para enseñarle a usar una calculadora. Su pregunta fue resuelta por sí sola.

—A ver... Cinco más cinco... Pues once. En serio, ¿qué tiene esto de raro?

—Que cinco más cinco en realidad da diez.

—¡Hostias!

Volvió a comprobarlo. Pulsó cuidadosamente la tecla asignada al número cinco, después la tecla de la operación de suma, después de nuevo la del cinco. Pulsó el igual muy despacio; en la pantalla apareció un once. Repitió el proceso al menos seis veces, todas con el mismo resultado.

—No se asuste. Sume seis más seis.

Lo hizo. El resultado fue doce.

—¿Una onda desconocida le ha contado que mi calculadora no sabe sumar dos cincos?

—De alguna forma, sí, lo ha hecho. Continúe haciendo sumas.

Fue probando números al azar, obteniendo resultados correctos e incorrectos. Ocho más tres: un millón dos. Dos más dos: cuatro. Uno más cero, diecisiete. Tres más cuatro, cuatro y medio. Aun así, seguía sin entender lo que ocurría.

—Le prometo que me compraré una calculadora profesional, se ve que esta no funciona bien, me venía ya instalada. ¿Quiere algo más? Estoy en medio de un asunto importante.

—Necesito que deje cualquier asunto por importante que sea y venga al departamento inmediatamente. Debemos explicarle lo que está ocurriendo y ponernos a trabajar.

—Está usted haciendo que esto parezca el inicio de una película de un domingo por la tarde.

—Ya me avisaron de sus chistes. —Por primera vez, la voz cambió su tono—. Anótelos todos en algún sitio, al llegar podrá decírmelos.

—Eso ya me gusta más.

Colgó el teléfono. Aquello era una emergencia, no le habrían llamado a ese número si no lo fuese. Debía actuar como la situación lo requería. Tener determinación, disciplina y no acobardarse. Poner en práctica todo lo aprendido. Aquella misión podría ser la más importante de su vida. Podría marcar no solo su futuro, sino el de todo el Universo. Sería este momento en el que tendría la oportunidad de demostrar todo lo que vale Cuchu Rumín, el detective por diversión más profesional de la galaxia. A lo mejor incluso le darían un diploma o le pondrían su nombre a una fórmula. Sabía lo que tenía que hacer.

No dudó ni un momento en volver a meterse en la bañera durante un par de horas más.

